

Colección MANRESA

84

Edición de fuentes de la Compañía de Jesús y estudios sobre la espiritualidad, la historia y la teología ignacianas.

DIRECTOR

José García de Castro Valdés, SJ. *Universidad Pontificia Comillas, Madrid*

COMITÉ CIENTÍFICO

Secondo Bongiovanni, SJ. *Pontificia Facoltà Teologica dell'Italia Meridionale, Nápoles*

Nurya Martínez-Gayol Fernández, ACI. *Universidad Pontificia Comillas, Madrid*

Javier Melloni Ribas, SJ. *Centro Internacional «La Cova», Manresa*

Diego Molina Molina, SJ. *Universidad Loyola Andalucía, Granada*

Rossano Zas Friz de Col, SJ. *Jesuit School of Theology, Santa Clara University, Berkeley (California)*

Henar Pizarro Llorente (dir.)

José García de Castro Valdés, SJ - Macarena Moralejo Ortega - Wencesalo Soto Artuñedo, SJ
(eds.)

**Jesuitas. Impacto cultural
en la Monarquía hispana
(1540-1767)**

Vol. II: Misiones, Arte

Mensajero

editorial
SALTERRAE


COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA


Ignatius 400
AÑOS DE LA CONVERSIÓN
DE IGNACIO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com / 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Universidad Pontificia Comillas, 2022

C/ Universidad Comillas, 3
28049 Madrid

ISBN (volumen II): 978-84-8468-922-5
ISBN (obra completa): 978-84-8468-915-7

© Editorial Sal Terrae, 2022

Grupo de Comunicación Loyola

ISBN (volumen II): 978-84-293-3071-7
ISBN (obra completa): 978-84-293-3064-9

© Ediciones Mensajero, 2022

Grupo de Comunicación Loyola

Padre Lojendio, 2
48008 Bilbao – España
Tfno.: +34 944 470 358
info@gcloyola.com / gcloyola.com
ISBN (volumen II): 978-84-271-4683-9
ISBN (obra completa): 978-84-271-4677-8

Depósito legal (volumen II): BI-518-2022

Diseño de cubierta:

Félix Cuadrado Basas (*Sinclair*)

Fotocomposición:

Marín Creación, S. C. – Burgos / www.marincreacion.com

Impreso en España. *Printed in Spain*

Impresión y encuadernación:

Grafo, S. A. – Basauri (Vizcaya) / www.grafo.es

Índice

VOLUMEN II

CUARTA PARTE

D. ESCENARIOS DE LA MISIÓN

Introducción	13
21. Las misiones populares	17
<i>Javier Burrieza Sánchez</i> <i>Universidad de Valladolid. Valladolid</i>	
22. El apostolado social de la Compañía de Jesús	57
<i>Íñigo Arranz Roa</i> <i>Colegio Compañía de María. Santiago de Compostela</i>	
23. Identidad pedagógica de los colegios jesuitas: latinidad y alumnos en la Edad Moderna	97
<i>Javier Vergara Ciordia</i> <i>Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.</i>	
24. Los jesuitas y la Corte (1540-1767)	135
<i>Henar Pizarro Llorente</i> <i>Universidad Pontificia Comillas-IULCE. Madrid</i>	
25. ¿Jesuitas beligerantes? Los jesuitas y el arte militar ..	163
<i>Bert Daelemans, SJ</i> <i>Universidad Pontificia Comillas. Madrid</i>	
26. Misiones «ad gentes» de la antigua Compañía de Jesús en el mundo hispano	199
<i>José J. Hernández Palomo</i> <i>Agustín Galán García</i> <i>Universidad de Huelva. Huelva</i>	

27. Misioneros jesuitas. *Unus non sufficit orbis* 241
Wenceslao Soto Artuñedo, SJ
Archivo Romano de la Compañía de Jesús. Roma
28. Misioneros jesuitas en China: cultura, identidad y alteridad 267
Beatriz Moncó Rebollo
Universidad Complutense. Madrid
29. La actividad económica de la Compañía de Jesús en España y las Indias hasta 1767 295
Antonio Luis López
Universidad de Sevilla. Sevilla

QUINTA PARTE

E. PATRIMONIO ARTÍSTICO Y CULTURA VISUAL

- Introducción 333
30. Literatura artística en la Compañía de Jesús: modelos de escritura y autores (s. XVI-XVIII) 337
Macarena Moralejo Ortega
Universidad Complutense. Madrid
31. El patrimonio simbólico y material de la emblemática jesuita en su contexto moderno (1540-1767) 367
Lucía Díaz Marroquín.
Universidad Complutense. Madrid
32. Artistas y enseñanza científica: la *quadratura* en la cultura decorativa jesuita 401
Sara Fuentes Lázaro
Universidad a Distancia de Madrid – UDIMA. Madrid
33. Templos y arquitectos jesuitas 419
Bert Daelemans, SJ
Universidad Pontificia Comillas. Madrid
34. Huellas de casas jesuitas en España 465
Javier Ortega Vidal
Universidad Politécnica de Madrid
Cristina García Oviedo
Aula de Cultura Hontanar. Segovia

35. Escultores, ensambladores y entalladores jesuitas en la Monarquía hispánica 503
Manuel García Luque
Universidad de Sevilla. Sevilla
36. Los pintores jesuitas y su huella en España e Hispanoamérica 551
Miguel Córdoba Salmerón
Instituto Teológico «Lumen Gentium»,
Universidad Eclesiástica San Dámaso. Granada
37. Pinturas, mensajes y agentes de la Compañía de Jesús en Hispanoamérica 593
Luisa Elena Alcalá
Universidad Autónoma. Madrid
38. La cerámica de los jesuitas 627
Ángel Sánchez-Cabezudo
Museo Nacional de Artes Decorativas. Madrid
Abraham Rubio Celada
Fundación Marqués de Castrillón. Madrid
39. Los jesuitas y la música 641
Ana Ángeles Retamero Molina
Junta de Andalucía. Málaga
40. El patrimonio documental de los jesuitas en el Fondo Antiguo de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid 673
Elisa M.ª Pérez Avellán
Universidad Pontificia Comillas. Madrid
- Conclusión 707
José Martínez Millán
Universidad Autónoma. Madrid
- Anexos
1. Listado de papas en la antigua Compañía de Jesús (1540-1773) 747
2. Listado de reyes de España en la antigua Compañía de Jesús (1540-1773) 749

10 JESUITAS. IMPACTO CULTURAL EN LA MONARQUÍA HISPANA (1540-1767)

- 3. Listado de prepósitos generales y congregaciones generales de la antigua Compañía 751
 - 4. Listado provisional de casas de los jesuitas en los territorios de la Monarquía hispana 753
 - 5. Mapas de la evolución de las provincias de España en la antigua Compañía (1540-1773) 773
 - 6. Mapas de la evolución de las provincias de Ultramar de la Compañía de Jesús (1540-1773) 775
- Índice onomástico del volumen II* 777

Las misiones populares

Javier BURRIEZA SÁNCHEZ
Universidad de Valladolid
Valladolid

Introducción

Hace más de veinte años, al mismo tiempo que empezaba a trabajar acerca de la Compañía de Jesús, descubrí la importancia de sus misiones populares, un ministerio en el cual se especializaron. No fueron los únicos, pero sí los maestros de una metodología que transmitía un discurso. Consultaba la sección de manuscritos de la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valladolid en el Palacio de Santa Cruz y encontré el relato de una misión efectuada por los jesuitas del Colegio de San Pablo de Valencia en la ciudad de Játiva en la última etapa de la Guerra de Sucesión, en 1712. La localidad (nosotros vamos a denominarla en castellano y no en valenciano, Xàtiva) era el símbolo de resistencia a la autoridad de los borbones. En abril de ese año, el confesor de Felipe V, de nuevo un jesuita, el padre Pedro Robinet, recibía una larga e intensa *Relación* escrita por el padre José Gamir. A lo largo de las líneas, y con una letra firme y clara, el jesuita valenciano relataba los días vividos en la Colonia de San Felipe, el nuevo nombre que el rey había otorgado a la histórica ciudad setabense. Una misión popular realizada en estas tierras rebeldes al Borbón que no solo era parte de un proceso de

rechristianización, sino que contaba con el suficiente interés político para informar del desarrollo y del aparente resultado de la misma al que era confesor de Su Majestad y, de alguna manera, «ministro» de los asuntos religiosos y culturales, una de las manos decisivas de la política real.

Naturalmente, aquella *Relación* no podía ser plenamente comprensible si no se conocía la metodología de la misión. Para eso, mi maestro y entonces director de tesis doctoral, el doctor Teófanes Egido puso en mis manos una obra que procedía de la biblioteca histórica del monasterio de San Benito el Real, lugar restaurado en su vida religiosa por los carmelitas descalzos después de la desamortización. En un tomo encuadrado en pergamino, descubrí una obra enormemente vivencial y práctica, escrita por un hombre de enorme experiencia y que había ido madurando y configurando todo un método. Se titulaba, de manera abreviada, *Arte y método de hacer misiones* (Madrid 1754). Aquel hombre era, entonces, un jesuita desconocido para mí, el padre Pedro de Calatayud. Sin duda, mi maestro sabía lo que ponía en mis manos y el material era un manual de culminación de un ministerio que reunía, de alguna manera, todos los trabajos de los jesuitas, en un ciclo temporal y en un espacio determinado: era el tiempo de la Palabra, pero con mayúsculas. El siguiente paso, fue comparar aquella misión de 1712 con otra, en aquel mismo siglo, protagonizada por el propio Calatayud en 1748 y en una ciudad bien distinta: Valladolid. De la misma teníamos testimonios exteriores a la propia Compañía de Jesús, como el aportado por el ensamblador Ventura Pérez por su singular diario que escribió desde el siglo XVIII vallisoletano¹.

¹ El resultado de ambos análisis fueron mis dos primeros artículos publicados en revistas científicas (lo que hoy llamamos indexadas), cf. J. BURRIEZA SÁNCHEZ, «Ciudades, misiones y misioneros jesuitas en la España del siglo XVIII», en *Investigaciones Históricas* 18 (1998), 75-107 (Universidad de Valladolid); J. BURRIEZA SÁNCHEZ, «Misiones y misioneros jesuitas en la Xàtiva de “Nueva Planta”»: *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante* 17 (1998-1999), 321-352.

Así pues, para las misiones populares, casi sin conocer entonces mucho de jesuitas, pude concluir, y me mantengo en aquella idea, que en una metodología muy elaborada –otra cosa fue con los grandes predicadores del siglo XVI como Juan Bautista Sánchez o Juan Ramírez– se producía la mencionada reunión de todos los ministerios de la palabra de la Compañía de Jesús. Los jesuitas no eran hombres para vivir «apoltronados» en un colegio a pesar del protagonismo del estudio en sus vidas. No eran monjes de coro. Su horizonte, como indicaba la *Fórmula del Instituto*, era la salvación de su propia alma y la de los semejantes o próximos. Las misiones populares estaban destinadas para territorios de cristianos, en las llamadas «Indias de acá», frente a las «de allá». Sin embargo, la Monarquía católica no significaba que cada uno de los súbditos de Su Majestad estuviessen conveniente formados en su vida espiritual y, sobre todo, de acuerdo a las exigencias del Concilio de Trento. Estamos en un proceso de reconfesionalización y recristianización, donde algunos territorios resultan más prioritarios por su aislamiento, el medio rural que configuran o las zonas montañosas en las que se ubican. Esto requería llegar a todos los rincones y colectivos, menos heterogéneos e institucionales en estos pueblos y aldeas. Pero no fueron los únicos, pues se fueron incorporando al horizonte de las misiones los núcleos medios de población y las grandes ciudades.

En estos segundos, los colectivos sociales se encontraban mucho más diversificados, con infraestructuras materiales de lo espiritual más desarrolladas. Ya no era una pequeña ermita o una parroquia rural de montaña. Existían catedrales, una red parroquial y núcleos levíticos de mayor o menor tamaño: desde la presencia de las clausuras, pero también la competencia de otros regulares, incluso –ya lo hemos dicho si hablábamos de la cátedra del obispo– esa autoridad episcopal que requería la presencia del misionero para toda su diócesis. Para todo ello, era menester configurar un método de actuación, de entrada, de intervención y una formación de unos operarios especializados que, o bien en ciclos de trabajos desde los colegios, o bien plenamente entregados como ministros apostólicos, realizasen rutas con las

que recorrer ámbitos más cercanos a las mencionadas casas o más amplias en su alcance. Por eso, nos vamos a detener en nombres propios, indispensables para entender los trabajos de las misiones populares, en un tiempo de renovación de las investigaciones de esta estrategia pastoral².

1. Concepto de «misiones populares»

Las misiones populares de la Compañía de Jesús no son un fenómeno exclusivamente español, aunque aquí las particularidades y el desarrollo fueron muy profundos. Hablábamos anteriormente que, con la culminación de su metodología, se convirtió en la reunión de todos los ministerios de la palabra desarrollados por los jesuitas: el sermón y la predicación, la confesión, la enseñanza de la doctrina cristiana, la visita a los hospitales y a las cárceles y la acción intensa, incluso, con la población más marginada o menos tolerada moralmente como las prostitutas –son realmente teatrales las entradas en los prostíbulos descritas por el muy dramático padre Calatayud– la búsqueda de aquella población de los arrabales físicos o de la fe y, finalmente, las doctrinas dedicadas específicamente a ciertos colectivos de población como pueden ser instituciones o estamentos. Por eso, estos tiempos fuertes de la penitencia, del anuncio de la conversión y del espectáculo del arrepentimiento no es extraño que hayan sido definidos como «acontecimiento espiritual que no tenía parangón»³. Teófanes Egido, en su estudio sobre la literatura religiosa del siglo XVIII –que tampoco fue la centuria en la que concluyeron estas misiones– lo definía como «unos sermones y unos predicadores que por algunas semanas dominaban la vida, los sentimientos, las conciencias y lograban el entusiasmo de todos los sectores

² F. L. RICO CALLADO., *Misiones Populares en España entre el Barroco y la Ilustración*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia 2006.

³ F. SÁNCHEZ-BLANCO, «La situación espiritual de España hacia mediados del siglo XVIII vista por Pedro Calatayud: Lo que un jesuita predicaba antes de la expulsión»: *Archivo Hispalense* 71/217 (1988), 16.

sociales del campo y, en mayor medida, el de las ciudades»⁴. No era un mero programa de actos. La palabra debía llegar al corazón y al ánimo de los que la escuchaban. Desde las reflexiones historiográficas podemos hablar de ellas como uno de los medios más útiles del proceso de confesionalización⁵, pero para los protestantes –repetimos, no era una metodología exclusivamente reducida a España o Italia, sino que debemos tenerlas en cuenta en la Francia en guerra de religión o en prohibición de convivencia con los hugonotes o calvinistas– eran conocidas como «reanimaciones religiosas» porque formaban parte de esa recristianización⁶. Los colegios de la Compañía de Jesús se convertían en focos de misioneros enviados a las comarcas circundantes. Aparte, como veremos, existían religiosos especializados en estos trabajos, con licencia para dedicarse exclusivamente a ellos. Su vida, por tanto, era el camino y el transcurso de la misión, aunque se encontrasen vinculados con mayor o menor estabilidad a una comunidad. A mediados del siglo XVII, por ejemplo, el catálogo de misioneros populares de esta extensa provincia de Castilla ascendía a ochenta religiosos, entre los que ya se incluían Tirso González, Martín Lezaín o Francisco de Cachupín⁷.

2. Formación de un misionero

De predicador a misionero popular hasta convertirse en «aristocracia de los predicadores»⁸. Claramente, este operario debía

⁴ T. EGIDO LÓPEZ, «Religión» en Francisco AGUILAR PIÑAL (ed.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Trotta-CSIC, Madrid 1989, 781.

⁵ R. GARCÍA CÁRCEL y J. PALAU I ORTA, «Reforma y Contrarreforma católicas» en A. L. CORTÉS PEÑA (coord.), *Historia del cristianismo: El mundo moderno*, III, Trotta-Universidad de Granada, Madrid-Granada 2006, 187-226.

⁶ J. W. O'MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1995, 161.

⁷ ARSI, Castellana 34, Histor. II, 173-173v.

⁸ M. BARRIO GOZALO, «Sociedad, Iglesia y vida religiosa en la España del siglo XVIII. Notas para un estudio demográfico, económico y socio-religioso»: *Anthologica Annua* 36 (1989), 273-316.

disponer de determinadas cualidades. No todos los religiosos –ni siquiera en la Compañía– poseían los «talentos naturales» que en muchos casos coincidían con los propios del predicador. Era menester la propiedad de la autoridad, «la libertad natural en predicar» sin que la timidez censurase su palabra, la «eficacia y energía en convencer el entendimiento», unida a la inevitable «eficacia en traer y mover los ánimos», la discreción y la prudencia, además de la afabilidad en el trato con la gente, unido a la modestia en el comportamiento «que ayudan mucho». Pero el religioso debía descubrir su vocación en ese deseo por «clamar contra los vicios y predicar al alma». Por eso, el misionero debía ser un hombre de estudio y de lectura; mostrarse dispuesto a permanecer sentado mucho tiempo en el confesionario –práctica que molestaba especialmente a los sacerdotes–; o disponer de ánimo para ayudar a bien morir a los enfermos. Se tenía que mostrar paciente en la obtención de los frutos, resistente en las persecuciones –que con este nombre siempre se ha conocido a las críticas más o menos virulentas–, así como buscador del milagro o de la intervención de Dios en tantos actos cotidianos⁹. Se ejercitaba el misionero en la retórica, en la filosofía, en la teología, en la escolástica, en la mística y en la moral. En la retórica porque con ella tenía que envolver la materia que predicaba con el calor y el entusiasmo suficiente. La filosofía, porque el misionero debía saber proponer los argumentos con el fin de explicar sin riesgos, contando con el fundamento de la escolástica. Era menester el manejo que podía mostrar, moviéndose en la mística, como elemento espiritual tan esencial en su siglo. La moral sería para resolver los casos de conciencia y ejercer las confesiones de forma cabal.

Por eso, el mencionado padre Pascual, en una época de autoridades, consideraba que la materia principal de las pláticas debía proceder de la Sagrada Escritura¹⁰. Y junto con la ciencia,

⁹ M. A. PASCUAL, *El Oyente Preservado y fortalecido en una misión practicada que en prosecución y complemento de su obra comenzada a saca a luz y ofrece a todo género de personas, dividida en tres partes*, Imprenta Diego de Vega, Valencia 1698, 74.

¹⁰ M. A. PASCUAL, *El Oyente Preservado..., op. cit.*, 75-76.

el maestro adecuado, pues algunos manuales de misioneros no creían demasiado en lo que hoy se conoce como aprendizaje autodidacta. El escritor de éxito y de referencia que fue el jesuita Luis de la Puente pensaba que los misioneros debían de tener gran destreza a la hora de exponer los conocimientos, probándolos con razones, argumentos y testimonios extraídos de la Escritura. Desde ellos demostraba la fortaleza ante las contrariedades y, sobre todo, ante las oposiciones, además de un «gran zelo y fervor en sus palabras». Su trabajo era presentado como sobrehumano, pendiente siempre de obtener una recompensa tras haberlo llevado a efecto. Para descubrir tales cualidades era menester encontrar signos de esta vocación misional, y uno de los ejemplos prácticos fue el citado padre Tirso González, con el maestro Jerónimo López. Después de sus contactos con él y con algunos religiosos de la provincia de Toledo, expresó su deseo al superior general de la Compañía, el padre Juan Pablo Oliva, de dedicarse exclusivamente a misionar: «solo sé predicar en estilo missionero, que cuesta menos y apruecha más». Por entonces, era catedrático en Salamanca, hombre muy ocupado en escolásticas teológicas.

Para evitar un permiso temporal e intentando uno definitivo, solicitó una patente¹¹, impidiendo que los «antojos de sucesivos provinciales» modificasen esta situación. Tenía entonces Tirso González cuarenta años, gozaba de buena salud y de las suficientes fuerzas para trabajar en misiones junto al padre Juan Gabriel Guillén, el que sería su compañero. El general Oliva aprobó esta resolución, enviándole la patente e informando de su decisión a los padres provinciales de Castilla y Toledo. El de Castilla, el mallorquín Francisco Cachupín, se resistió a que González abandonase la docencia, empeñado en promoverle al grado de maestro en Teología. Llegó a retener la patente lo que provocó la dura reacción del general¹². Antes de aquella Semana Santa de 1665,

¹¹ E. REYERO, *Misiones del MRP. Tirso González de Santalla, XIII Prepósito General de la Compañía de Jesús 1665-1686*, Santiago de Compostela 1913, 15-17.

¹² E. REYERO, *ibid.*, 19-20.

en que terminaba su gobierno al frente de la provincia de Castilla, Cachupín envió a Tirso González a Villagarcía con el fin de que se preparase para las misiones. En octubre comenzaba sus andares misioneros por tierras salmantinas. Anteriormente, Tirso González contó como compañero a Diego Luis de Sanvitores en su devenir apostólico, pero este salió hacia el Pacífico y le sustituyó el anteriormente citado. Desde 1665 y hasta 1674 recorrieron importantes ciudades de Extremadura, Navarra, además de Sevilla, Granada, Gibraltar, Ceuta, Cádiz y Castilla la Vieja, además de la Corte de Madrid.

En el proceso de formación de un misionero –como predicador que era– resultaba menester la reunión de materiales que facilitasen el sermón: eran los símiles, ejemplos o parábolas. Por algo se afirmaba que «un misionero sin letras, está expuesto a error». Y así, el padre Calatayud detalla las obras y los autores que había que tener en cuenta, en el fondo y en la forma¹³. En su apariencia, el misionero debía ser pobre, signo de su confianza en la Providencia, procurando la ausencia de lo superfluo. También estaba llamado a prepararse corporalmente para soportar los rigores de los caminos. Las incomodidades de la vida del misionero conducían a la enfermedad y a las limitaciones como sucedió con Agustín de Cardaveraz, que había insistido mucho en la celebración de actos de contrición públicos. Por eso, se retiró a Loyola donde se dedicó muchos años de su vida a la dirección y a los Ejercicios Espirituales. Especial interés demostraba el cuidado de la voz, instrumento de la predicación. Tirso González afirmaba que «siempre que vuelvo de Missión traygo á casa más salud y fuerzas de las que saqué del colegio, siendo assí que el trabajo corporal es continuo

¹³ P. CALATAYUD, *Misiones y Sermones del Padre Calatayud, Maestro de Teología y Missionero Apostólico de la Compañía de Jesús de la Provincia de Castilla. Arte y método con que las establece, las cuales ofrece al público en dos tomos para mayor facilidad y expedición de los ministros evangélicos, párrocos y predicadores en misionar, doctrinar y predicar y para mayor fruto y bien espiritual de los próximos*, Madrid 1754, 83-86.

pero gasta menos que el estudio»¹⁴. Jerónimo López comparaba su cuerpo con un jumentillo a través de aquellas palabras de san Francisco: «animal simple, que trabaja si come, se echa con la carga si no se sustenta». Sin embargo, la dieta no debía superar lo habitual, ni tampoco estaba llamado a privaciones porque con ellas no se podía alcanzar la tarea encomendada¹⁵.

Con el misionero ya formado y preparado se debía planificar el lugar para misionar. Era un paso previo desde el cual tenía que tomar informes sobre personas que podían apoyarlo dentro de la diócesis, así como del carácter y costumbres de los habitantes de la villa a la cual iba a acudir. Debía tener información de los núcleos de población de diferentes tamaños de los alrededores. Era menester conocer el clima del lugar y lo propicio de la fecha que pretendían elegir, la existencia o no de otras misiones en esa localidad, el tiempo que se prolongaron y los frutos que de ellas salieron. Información también del ciclo agrícola del lugar con el fin de «casar los Pueblos con las Missiones»: en el caso de Castilla los granos y la vendimia, coger el heno en las montañas además del trasquileo en otros lugares. Había que evitar que coincidiesen con ferias, toros y otras festividades que produjese concurso de gentes ajenas al misionar¹⁶. Alonso de Andrade en su *Vida* de uno de los misioneros santificados de la Compañía, Juan Francisco de Regis, escribía que habitualmente realizaba las misiones en invierno, pues los labradores por las nieves y fríos de aquella tierra tenían menor ocupación en la labranza: «y aunque para él era tiempo muy incómodo, anteponía la salud espiritual a la corporal suya, y como buen pescador, quando esperaba mayor lance, echaua la red aunque

¹⁴ E. REYERO, *Misiones del MRP. Tirso González de Santalla...*, op. cit., 15-17.

¹⁵ J. CASSANI, *Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús, dibujadas en las vidas y elogios de algunos de sus varones ilustres en virtud, letras y zelo de las almas que han florecido desde el año 1640, primero del segundo siglo desde la aprobación de la religión*, t. III, Imprenta Manuel Fernández, Madrid 1734, 117.

¹⁶ P. CALATAYUD, *Misiones y Sermones del Padre Calatayud, op. cit.*, I, 121-123.

fuesse con incomodidad propia»¹⁷. Debían conocer las oposiciones o reticencias que podían existir en aquella villa o ciudad para el desarrollo de la misión popular. En este sentido, los jesuitas que llegaron a la valenciana Játiva en 1712, en plena Guerra de Sucesión, debieron superar las habladurías y rumores que corrían contra los de la Compañía, sin casa propia en aquel lugar: «el decirse que los Missioneros ivan –escribía un jesuita al confesor de Felipe V informando de esta misión– a ocupar uno de los conventos y las ventas de algunas comunidades para fundar un colegio en aquella ciudad, no obstante se allanó con facilidad todo, desengaños de la expresión del fin del bien de sus almas, que nos conducía a la población y el tiempo les ha desengaños más, viendo nuestro obsequio y protección a los pocos religiosos que avía en la ciudad»¹⁸. Sin duda, los tiempos litúrgicos eran otros escenarios para las misiones, especialmente la Cuaresma y la Pascua, aunque no eran momentos exclusivos para misionar.

3. Características de una metodología

Las misiones populares estuvieron siempre presentes en la trayectoria de la Antigua Compañía –también en la Compañía restaurada como hemos dicho– pero su tiempo de mayor esplendor coincidió con el siglo XVII y con la primera mitad del XVIII. Fue una estrategia pastoral desarrollada, aunque no únicamente, por las órdenes religiosas, cuyo dinamismo no se puede negar en la Iglesia posttridentina. Sobre todo, los protagonistas fueron los jesuitas y capuchinos. Su esencia se encuentra emparentada

¹⁷ A. DE ANDRADE, *Varones Ilustres en santidad, letras y zelo de las almas de la Compañía de Jesús, tomo quinto a los quatro que sacó a luz el venerable y erudito padre Juan Eusebio Nieremberg de la Compañía de Jesús por el padre Alonso de Andrade de la misma Compañía de Jesús, natural de Toledo, Calificador del Consejo Supremo de la Santa y General Inquisición*, t. VI, Imprenta Joseph Fernández de Buendía, Madrid 1666, 8.

¹⁸ J. BURRIEZA SÁNCHEZ, «Misiones y misioneros jesuitas en la Xàtiva de “Nueva Planta”»: *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante* 17 (1998-1999), 351-352.

con los documentos fundacionales de la *Fórmula del Instituto* o las *Constituciones*. Después llegará la reglamentación del quinto prepósito general Claudio Aquaviva, sancionada y ampliada por la experiencia de los operarios especializados. Muchos de estos estaban convencidos que la Compañía estaba reservada por la Providencia para este horizonte, no existiendo excusa alguna para que sacerdote, religioso o jesuita llevase una vida acomodada. Un misionero que era sembrador para la obtención de buenos frutos, a juicio de Miguel Ángel Pascual, era menester que saliese de sus ámbitos, como el príncipe debía abandonar sus palacios para alcanzar a las mejores piezas de caza. Sí, abandonar las comodidades por las muchas «correrías» de los viajes, «un perpetuo quebranto de cuerpo y alma, de entendimiento, voluntad, potencias y sentidos». El programa, que cuidadosamente se fue meditando, estaba compuesto por la confesión, la fundación y reforma de congregaciones y cofradías, la enseñanza de la doctrina cristiana; pero, sobre todo, la predicación, caracterizada por una oratoria simple, impactante, desde una escenografía que dominaba el operario, muy efectista y propia del barroco en el que se desarrollaron; rival plena del teatro que tantas veces condenaron. Cuando estas misiones tuvieron su extensión en tiempos más recientes, llamaban la atención precisamente, por su carácter extemporáneo.

Con los primeros compañeros, O’Malley¹⁹ afirmaba que las misiones y su método se encontraban en periodo de incubación. El descubrimiento fue la integración de los ministerios de la palabra en una estrategia común. Ya en 1556, los jesuitas sevillanos –al poco tiempo de su establecimiento– caminaron a lo largo de nueve pueblos cercanos a la ciudad hispalense. Residían en los hospitales, predicaban por la mañana, enseñaban la doctrina y utilizaban el canto para que los niños memorizasen el catecismo. En Italia, en un tiempo ignaciano, fue el padre Silvestre Landini el primero que se dedicó de forma exclusiva a la predicación en

¹⁹ J. W. O’MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1993, 162.

las misiones rurales, entre 1547 y su muerte en 1554. El operario debía permanecer en el ámbito elegido, de manera fija, por un corto periodo de tiempo, con una predicación que separaba a los grupos como antecedente a las futuras pláticas dirigidas a los «gremios», sin olvidar que lo sembrado debía perdurar. Por ello, había que establecer medios para conseguirlo, sin descartar los Ejercicios Espirituales. Con las misiones patrocinadas por el duque de Baviera se pretendía contener la extensión del luteranismo, convirtiéndose al mismo tiempo en agentes propagadores de la autoridad ducal, casi como sucedía en la mencionada de Játiva.

En España empezó en el siglo XVI, destacando Juan Bautista Sánchez, aunque de gran importancia fue el padre Juan Ramírez, que había pertenecido al círculo del maestro Juan de Ávila. Este disponía de un gran atractivo entre el auditorio de los jóvenes estudiantes, con un método que se titulaba «Memoria y orden de lo que se ha de hacer en un pueblo por el predicador que va a él para su reformación y Memoria de lo que un cura ha de enseñar a sus súbditos». El mencionado padre Aquaviva consolidó la metodología de estas misiones populares, coordinándolas con la estructura de las distintas provincias de la Compañía. Redactó tres circulares (1590, 1594 y 1599), en las cuales gradualmente pidió la dedicación de seis jesuitas en exclusividad y por provincia a este ministerio, para después tener la obligación cada uno de ellos de predicar al menos una misión al año, siempre que el religioso permaneciese en activo. Desde el punto de vista teórico, la «Instrucción» se convertirá en un resumen de los objetivos y medios que pretendía la Compañía de Jesús a través de este ministerio. Este plan de las misiones será después corroborado y desarrollado con matices gracias a la experiencia de los distintos predicadores. El sucesor de Aquaviva, Mucio Vitelleschi ordenó al belga Juan Carlier que pusiese por escrito su método de misionar para ser comunicado desde Roma a toda la Compañía. Comenzaba así la utilidad de los manuales de misioneros. Fue un predicador incansable, con especial dedicación a los que consideraba «los más recalcitrantes»; para continuar después con la predicación de los comportamientos, en su modo de vivir penitente y austero.

Como dijimos antes, los misioneros populares franceses contaban con una finalidad distinta a los italianos, portugueses y españoles, pues los primeros debían luchar contra la extensión de la reforma protestante. El territorio de Juan Francisco Regis, el primer misionero popular que alcanzó los altares, eran las montañas de Languedoc, Viviers y Delfinado. Por el contrario, los misioneros populares en territorios católicos combatían las costumbres supersticiosas, los pecados de la cotidianidad, la ignorancia formativa y doctrinal, destacando que estas misiones de la Compañía poseían una dimensión más penitencial que catequética, que era la línea más propia de los discípulos de Vicente de Paúl, perteneciente al gran siglo francés de la espiritualidad que fue el XVII. No nos podemos detener en cada uno de los nombres que configuraron esta metodología, pero no podemos olvidar a Pedro de Urtega por Andalucía, Luis de Lanuza –en la primera mitad del XVII– por Sicilia y Nápoles; Pedro de León, de nuevo desde Andalucía con una especial dedicación carcelaria. Desde 1615, se destacó por sus trabajos en las diócesis de la provincia bética jesuítica, sumando Extremadura y la amplia archidiócesis de Toledo.

Antes de entrar en la época más intensa de las misiones populares de la Compañía en España no es posible dejar de hablar del italiano Paolo Segneri o Pablo Señeri, nacido en la región del Lacio en 1624 y que fue tan admirado y leído por los españoles. A lo largo de treinta años recorrió Italia misionando, con una opinión tan plenamente hostil con el quietismo y el probabilidadismo²⁰, argumento este último por el que se enfrentó con un notable misionero español (y después prepósito general), Tirso González.

²⁰ J. MASSEI, *Vida del Venerable Siervo de Dios el Padre Pablo Señeri de la Compañía de Jesús, Missionero de la Italia y Predicador de la Santidad de Inocencio XII. Escrivíola en lengua italiana el Padre..., de la misma Compañía; y traducido en nuestro idioma por un religioso de la misma Compañía. Hase añadido en esta traducción una breve noticia de la Secta de los Quietistas, con las Proposiciones de Molina, que el autor impugna y la Santidad de Inocencio XI ha condenado*, Zaragoza 1704; Imprenta Pantaleón Aznar, Madrid 1767.

Eso sí, el método y los trabajos de Señeri fueron recogidos en sus obras, presentes en las librerías de los colegios, *El confesor instruido* y *El penitente instruido*. Señeri continuó la línea trazada por la Compañía, aunque añadió unos recursos impactantes que se fueron incluyendo en el modo propio de misionar de los jesuitas. Todo ello se apreció en el estilo desarrollado de oratoria sagrada pero también en los recursos dramáticos en los que se incluían las procesiones de penitencia, la quema de naipes y libros, la distribución de estampas al final de las tareas apostólicas, además de otros medios de perduración. Además, contó con la colaboración de su discípulo Giampietro Pinamonti, con el que abarcó un programa diocesano de misiones.

Aunque Gómez Rodeles se situaba desde un estudio historiográfico de los misioneros populares –especialmente de Pedro de Calatayud al que estudió–, sí apunta que con los trabajos del jesuita valenciano de Gandía Jerónimo López comenzaba la edad de oro²¹ de las misiones populares de los jesuitas en España. En algunos aspectos, sobre todo en los recursos dramáticos –él murió en Valencia en 1658– se adelantó a lo que había planteado Segneri, sobre todo con la relevancia de las procesiones de penitencia que se celebraban a lo largo de la misión. Fue introductor, desde iniciativas anteriores, de lo que entonces se llamaba «Acto de Contrición», una gran procesión de penitencia que se repetía en diferentes momentos. Un medio que fue calificado como de oportuno para «commover con saludable pavor los corazones, y sacar á muchos de la deplorable mordor en que yacen», como indicaba Julio César Cordara en su *Historia de la Compañía*, publicada en latín. Insistía en el protagonismo del sacramento de la Penitencia, convirtiéndose el padre López en maestro de confesores con su libro *Casos raros de la confesión*. Las grandes ciudades no faltaron en los trabajos de Jerónimo López, pero a juicio de Antonio Astrain –en su monumental *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*– consideraba

²¹ C. GÓMEZ RODELES, *Vida del célebre misionero Pedro de Calatayud de la Compañía de Jesús y relación de sus apostólicas empresas en los reinos de España y Portugal (1689-1773)*, Madrid 1882.

que fue Tirso González el misionero más característico de estos escenarios. Había escuchado este último al primero. A pesar de la sobriedad, destacaba el padre González por el impacto que provocaba en su auditorio. Utilizaba como medios de perduración de sus trabajos no solamente a las cofradías y congregaciones sino también al ejercicio de la disciplina, la lectura espiritual realizada en familia (cuando alguno sabía y el resto podían escuchar), así como el ejercicio y difusión de la oración mental. Su discurso, como era de esperar en un defensor del probabilidad, era de un importante rigorismo moral, centrado en denuncias contra la moda, las comedias y el teatro.

El pamplonita Jerónimo Dutari fue el gran continuador de su homónimo, el padre López, aunque también se mostró cercano al anterior. Había entrado en Villagarcía, pero sus estudios se repartieron entre Santiago de Compostela y Salamanca, ejerciendo como hombre de gobierno de diferentes colegios como rector. Su muerte acaeció en 1717. Su aportación a la metodología de las misiones fue la fundación de las llamadas Escuelas de María, una de las formas de hacer que la labor misionera se hiciese perdurable a través del tiempo, sin olvidar la extensión a la devoción a san Francisco Javier –lo veremos en los retablos de numerosas iglesias donde los jesuitas no estaban cercanos a través de un colegio–, además de intensificar la devoción mariana en la España de los definitivos entusiasmos inmaculistas después de numerosas controversias. Francisco Javier era un santo que se asociaba a la extensión y propagación de la fe, en aquel caso en los confines del mundo y sin descanso. Dutari desarrolló sus trabajos, desde 1704, por los caminos y poblaciones de Navarra, País Vasco, Castilla y Galicia. Ya en el siglo XVIII, las congregaciones del Sagrado Corazón de Jesús contribuyeron a esta perduración, como pudo comprobar el padre Agustín de Cardaveraz. Este llegó a convencer al que fue gran misionero del siglo XVIII, Pedro de Calatayud para que fundase congregaciones para este fin a lo largo de sus misiones.

El navarro de Tafalla, y muy mencionado, Pedro de Calatayud, fue el heredero de toda esta tradición misionera de la

Compañía. Su perfeccionamiento llegó hasta límites insospechados, pues no dejaba campo libre a la improvisación. Un dominio de esta labor pastoral materializado especialmente en su mencionada obra y manual. En el primer volumen disponía de la minuciosa organización de una misión, mientras que en el segundo aportaba los sermones que debían realizarse en circunstancias especiales. Y es que el entusiasmo del Calatayud escritor antes se había traducido en su incansable ánimo por caminar por las tierras de España y Portugal, en su «evangelización itinerante», desde el primer viaje realizado a La Alberca salmantina en 1718 y hasta el momento de la expulsión de 1767.

Con las aportaciones de todos ellos, entre los siglos XVI y XVIII, se fue configurando esta metodología. Era esencial alcanzar una entrada triunfal, suficientemente avalada por las correspondientes autoridades. Una adecuada relación, por ejemplo, con el correspondiente párroco, si estamos hablando de un pueblo. Pero todavía lo era más la anuencia del obispo con su correspondiente licencia. Cuenta Pedro de Guzmán, en su historia de la provincia de Castilla –que permanece manuscrita en el archivo romano de la Compañía– la misión que realizó el padre Juan Fernández con Gaspar de Astete en Zamora. Como no hallaron al obispo en la ciudad, se presentaron en Toro donde sabían que se encontraba. Al principio, el prelado los recibió quejándose de por qué no habían solicitado la licencia al vicario de la diócesis. Después, informado de quién era este misionero, trató con él los problemas de su gobierno diocesano²². La patente concedida por los obispos a los misioneros de la Compañía los facultaba para predicar el Evangelio, enseñar la doctrina cristiana o catecismo, ejercer los ministerios propios de los jesuitas, absolver los pecados, incluso los reservados al prelado por las Constituciones Sinodales, la publicación de los jubileos de la misión, la fundación de Escuelas de María Santísima y del Corazón de Jesús o la concesión de las indulgencias pertinentes. Así lo vemos, por ejemplo, en la licencia que el obispo Martín Delgado concedió a los jesuitas José Ramos y Francisco de la Peña como

misioneros populares para Matapozuelos y Valdestillas, en Valladolid, en abril de 1746. «[El misionero] jamás estrive –apuntaba Pedro de Calatayud– ni ponga su confianza en los hombres, aunque sean príncipes, obispos, provisores, hombres graves, persuadido a que con su protección saldrá bien la Misión [...] siempre que puse mi confianza en obispos o personajes me salieron mal las cosas, dexándome el Señor burlado. El primer recurso ha de ser a su Dios y de él se ha de esperar todo el fruto»²³.

La entrada en la misión, como subrayamos, era fundamental, provocando la mayor efectividad, para lo cual era menester disponer de «armas» materiales propias de esa escenografía y teatralidad desarrollada en el barroco. Para cada acto, para cada sermón, se disponía de un signo de efectividad: el crucifijo en el llamado Acto de Contrición, la imagen del alma condenada para el sermón del infierno, la talla del *Ecce Homo* en las procesiones de penitencia, las bulas de indulgencia, «la campanilla, cuyo sonido por las calles aun en sueños a varios les ha hecho eco y armonía; y assí otros instrumentos, que se juzgan conducentes para el mayor atractivo y fruto»²⁴. Todo ya se encuentra convenientemente planificado para ser sorprendidos los fieles y, a partir de ahí, las calles se llenaban de hachas humeantes, sombras de un crucifijo y esos acompañados toques de la campanilla. De la boca de los misioneros salían pregonando las «saetillas», palabras que querían clavarse en las conciencias del pueblo, denunciando la vida fugaz y llena de vanidades que contemplaban en los fieles.

El valenciano Jerónimo López era menos espectacular en su entrada. El primer sitio que visitaba cuando llegaba a una misión era el hospital del lugar, dejando allí su equipaje de libros, las estampas que iba a repartir –otro medio publicitario de su trabajo– y los citados instrumentos de penitencia. De allí marchaba a la iglesia del pueblo, presentaba su obediencia a Dios y tras un largo rato de oración, daba cuenta de su llegada al cura de la localidad. Cumplimentados estos trámites salía a las calles

²² P. CALATAYUD, *Missions y Sermones del Padre Calatayud...*, op. cit., Madrid 1754, 107.

²⁴ *Ibid.*, 118-119.

para pedir limosnas y desde ellas, poderse sustentar²⁵. Calatayud, sin embargo, gustaba mucho del factor sorpresa en las entradas de las misiones. Por eso, solía relatar aquella anécdota en la que, iniciada su predicación en Elche desde las puertas de la villa, un hombre que se encontraba en la cama «con su manceba, al intentar pecar quedó inmóvil y sin uso de sus miembros; llegó y penetró la voz de la campanilla, y la del Misionero hasta sus oídos y bolviéndose a Dios por el perdón, restituído de pronto al uso de sus miembros, salió del lecho y dexando la amiga, se incorporó en la Processión y concurso, compungido y herido de la voz de Dios»²⁶:

«Armado ya el Crucifijo, y ya de noche que no se ve con la luz del día, se dice el *Veni Sancte Spiritus* [...] entran predicando, se toca tres veces la campanilla, y luego se entona: *Moradores de N. Penitencia, penitencia, penitencia* y se van echando sentencias, saetillas, amenazas y desengaños, alternando uno, y otro Missionero, según el *Quaderno de Sentencias* que he impresso –lo escribe Calatayud– [...] la gente va saliendo, va viniendo Nobles, Eclesiásticos y otros; a las mujeres se les intimá sigan detrás del Crucifijo, los hombres delante [...] con la novedad, gritos, lágrimas y gemidos de las mujeres, se va haciendo pella grande de gente –observen la expresión tan moderna para el siglo XVIII–, que asustaba, admiraba y otros dexando la mesa y la cena, concurren [...] se les mueve con un breve Acto de Contrición y las voces y gemidos traen a otros. A los eclesiásticos se suplica separen hombres de mujeres, proporcionen las luces, y al cura que haga señal a sus ovejas para que, saliendo de casa, sigan. Dáseles la bendición, y prosiguen [...]. Llegando a la Iglesia, y si en ella no cupiere la gente,

²⁵ J. CASSANI, *Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús, dibujadas en las vidas y elogios de algunos de sus varones ilustres en virtud, letras y zelo de las almas que han florecido desde el año 1640, primero del segundo siglo desde la aprobación de la religión*, t. III, Madrid, Manuel Fernández, 1734, 117.

²⁶ P. CALATAYUD, *Misiones y sermones del Padre Calatayud...*, op. cit., Madrid, 1754, 135-140.

en el atrio, o alguna plazuela, sube al Púlpito el Padre Misionero que llevare el Crucifijo; [...] se les cita [al pueblo] combida y suplica para salir al día siguiente por las calles con Jesu-Christo, y con él todo fiel Christiano recogiendo la gente, señalando la hora fija por la tarde a toque de la campana»²⁷.

Después de haber proclamado el «tesoro» de las indulgencias que poseía en sus manos y de haber convocado al pueblo a los diferentes sermones, rosarios callejeros y a los niños para la enseñanza de la doctrina, el misionero jesuita se preocupaba por recordar día a día este programa a través de sentencias. Advertía Calatayud de las posibles excusas que podían exponerse para no acudir: labores del campo, las adversidades climatológicas, los caminos. «Padre, somos de fuera –señala el jesuita como ejemplo– y está lexos. Respondo, otros vienen de más lexos, para una romería, fiesta de toros, ferias o para pleitear bien dexais vuestras casas y no está entonces lexos»²⁸. El padre Jerónimo López era partidario de elaborar un buen programa para estos días y de exponerlo a los fieles en uno de sus primeros contactos desde el púlpito.

Jerónimo Dutari fijaba en veinte días la duración de la misión, aunque se podía prolongar según el tamaño de la población. Normalmente, se evitaba gravar a los habitantes de estos pueblos con los gastos de la predicación. En numerosas ocasiones, su financiación era soportada por distintas fundaciones²⁹. El buen concepto del misionero debía estar basado en el total desinterés, cualidad que contribuye al recibimiento más adecuado de los misioneros en los pueblos. Lo mismo que los manuales aconsejaban paciencia a la hora de recoger los frutos, también insistían en que la actitud del operario debía estar ausente de todo aplauso hacia su propio trabajo. Recordaba el padre Pascual las recomendaciones de Ignacio de Loyola cuando apuntaba que no solo había que pasar por oprobios, falsos testimonios, afrontas, sino que también

²⁷ *Ibid.*, 135-140.

²⁸ *Ibid.*, 148.

²⁹ M. MORÁN ORTÍ y J. ANDRÉS-GALLEGO, «El predicador», en R. VILLARI (ed.), *El hombre barroco*, Alianza Editorial, Madrid 1993, 195.

era menester atraer la ira del opositor³⁰. El misionero no podía olvidar sus tiempos de oración en este periodo. Nada se lo impedía, ni los continuos viajes, ni los excesivos trabajos de la predicación o las horas del confesonario. El misionero, además de predicarlas, tenía sus propias penitencias, cilicios y disciplinas. Los hagiógrafos de Jerónimo López dicen que siempre fue constante pero no imprudente en estos comportamientos, pues sus trabajos requerían una buena salud para que sus labores apostólicas se prolongasen en el tiempo.

La palabra predicada desde el púlpito era uno de los protagonistas de la misión. Estamos hablando de un producto demandado que hemos estudiado mucho los historiadores en su preparación, intencionalidad y realización. Cuando las «Relaciones» describían una congregación de multitudes que superaba los límites de los templos, existía en estas palabras una clara intencionalidad publicística. En ello, volveremos más tarde, cuando hablamos de los escenarios. Desde la metodología, los sermones eran un espectáculo en sí mismo. Ventura Pérez, para la misión del padre Calatayud en Valladolid en 1748, hablaba que predicaba todos los días unas dos horas y media. A veces, era precedido por el rezvo del rosario por parte de otros jesuitas, que podían haber cantado una tonadilla para desterrar los cantares profanos. También en aquella introducción podía estar la explicación de la doctrina cristiana por espacio de media hora.

La palabra del misionero principal tenía que provocar su efecto, llegando a aterrizar a los que la escuchasen para así favorecer su conversión, que era la tarea que se pretendía con este ministerio de ministerios. El tono empleado dependía del auditorio y los había muy específicos, para los cuales existía su propia metodología, pero en general tenía que ser atronadora para denunciar los pecados. Con el usado por el padre Millán García «parecía algunas veces que temblaban las columnas de los templos»³¹. Los cronistas y hagiógrafos de los misioneros las utilizaban como

³⁰ M. A. PASCUAL, *El Oyente preservado...*, op. cit., 71-72.

³¹ B. ALCÁZAR, *Chrono-Historia de la Provincia de Toledo*, Imprenta Juan García Infanzón, Madrid 1710, 379.

un medio quasi divino de conversión: «al acabar el Sermón se derritían sus voces en lágrimas de todo el auditorio»³². El sermón se integraba en todo un programa perfectamente meditado. Existían, a lo largo de la misión, aquellos dedicados al infierno, al sexto y séptimo mandamiento y al no menos importante de la reconciliación de los enemigos. Los libros de «Doctrinas prácticas» que publicó el padre Calatayud desde su experiencia misional, atestiguan la variedad de materias que los misioneros desarrollaban en estos tiempos fuertes: la conciencia, las pasiones del hombre, el pecado y la gracia; la fe, esperanza y caridad, el juramento, la blasfemia o las maldiciones, los distintos tipos de supersticiones; la observancia de las fiestas, la actitud reverente en los templos, el ayuno; las obligaciones de los hijos y de los padres, el matrimonio y el estado sacerdotal; la aceptación de beneficios eclesiásticos, el estado del religioso, la caridad hacia el prójimo, la ira y la paciencia; el escándalo, los bailes, el hurto, los juegos de naipes; la murmuración, la confesión, el dolor de los pecados, el examen de conciencia; la confesión de los niños, la frecuencia de los sacramentos o la oración. En este caso, un misionero tan profesionalizado ofrecía estos materiales utilizados para la imprenta.

El misionero desarrollaba gran cantidad de contactos en estos trabajos y conocía a muchas gentes en este tiempo. Los manuales recomendaban cortesía en sus palabras y acciones. Colectivamente, la extensión del clima de la misión se realizaba a través de las procesiones. En las mismas se desarrollaban esas disciplinas solo para hombres, pues las mujeres se las debían impartir en casa. Cada misionero tenía, en estas cuestiones, sus preferencias, desde las cuerdas o el cinto hasta las cadenas y las disciplinas de hierro, sin que faltase el canto penitencial, el *Miserere* o el *De Profundis*. Esas procesiones, tan criticadas y vilipendiadas por los aires nuevos de las Luces, recorrían las calles con sus penitentes, con sogas al cuello, disciplinantes de sangre e incluso niños nazarenos: «todo eran sollozos, golpes a los pechos

³² J. CASSANI, *Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús...*, op. cit., t. III, Imprenta Manuel Fernández, Madrid 1734, 116.

y ponerse en cruz. Hubo algunos que de este ejercicio se han movido a mudar de vida»³³. Se llegaba incluso a prescindir de las campanas de las iglesias, cosa que extrañaba a las gentes pues la voz del bronce marcaba la cotidianidad.

En este apartado de la metodología misionera no podemos prescindir de la confesión, uno de los ministerios pastorales más importantes y eficaces de este tiempo especial –sino el que más–. En la hagiografía que escribió el padre Andrade sobre Juan Francisco de Regis resaltaba que este misionero francés, desde que amanecía el día se sentaba en el confesonario y prolongaba estos trabajos durante la tarde y buena parte de la noche. Jerónimo Duttari apuntaba que el pecador no debía tener miedo a confesar sus pecados: «animen a descubrir las conciencias que nada tienen que temer, que no hay pecado que haga novedad al oído». La confesión protagonizó muchas de las palabras de Jerónimo López, pues en sus pláticas dedicada amplios espacios a explicar con detenimiento cada una de sus partes. Insistía que debía realizarse con integridad y devoción para no callar los pecados. Animaba a una confesión general pues en ella se subsanaban las faltas realizadas en las pasadas. Y desde ahí se entiende su libro, ya mencionando, *Casos raros de Confesión*. Cubría, de esta manera, un vacío doctrinal existente para el desarrollo de estos trabajos. Un libro reimpreso y autorizado por un buen número de obispos. El mismo Jerónimo López intentó que el arzobispo de Valencia y electo de Sevilla, fray Pedro de Urbina, encomendase su impresión para las Indias. Eran páginas muy útiles teniendo en cuenta que no todos los confesores tenían la experiencia de estos misioneros. Se presentaban como una prevención contra la ignorancia de otros muchos sacerdotes sobre teología moral y casos de conciencia. Con todo, los misioneros se tenían que valer, en este momento, del auxilio de otros sacerdotes del lugar pues ellos solos no podían atender a todos.

Tras la contrición, llegaba la posibilidad de acceder a la comunión, esas comuniones generales para las cuales los cronistas

de las misiones siempre daban números redondos; el desarrollo de la enseñanza de la doctrina cristiana de tal modo que no se escapase ni un solo niño sin recibirla, pero sin prescindir de los adultos, que también se mostraban necesitados de ella. La gran culminación de estas prácticas era el mencionado Acto de Contrición final, una gran procesión de penitencia, de mayores proporciones a las descritas en los inicios de la misión, sin olvidar el recorrido por los arrabales. Como vimos, Cassani atribuía, tras haber leído a otros autores, su autoría a Jerónimo López. Se hacían coincidiendo con las horas nocturnas, de improviso, casi una «noche del juicio», esencial para el resultado final de la conversión. Todavía Calatayud habría de perfeccionar esta metodología con el llamado «asalto general», para lo cual, en los grandes escenarios, necesitaba el concurso de muchos más predicadores, con los que se encontraba el penitente de «trecho en trecho», hasta unos cuarenta frailes y miembros de otras órdenes religiosas como sucedió en la misión de Valladolid de 1748. Todo ello probaba que estos misioneros populares, aun dentro de la Compañía de Jesús, eran muy reconocidos, a pesar de las notables rivalidades que existían entre las diversas religiones. Era un programa tan ambicioso de puesta en escena que no se podía reducir a la acción exclusiva de los padres Jerónimo López o Pedro de Calatayud. Más bien, con todas las controversias y oposiciones era casi un trabajo en equipo, sobre todo en las ciudades, sin que faltasen las cuadrillas para recorrer cada rincón.

No podía faltar la atención a los más necesitados y marginados, en los lugares más difíciles, en hospitales o cárceles, gentes menesterosas del «pastor espiritual», incluso las prostitutas, imitando lo que Ignacio de Loyola había realizado en Roma, acompañándolas por las calles, sacándolas de sus mancebías y situándolas en «casas principales» para iniciar el camino de la reconversión y «hasta ponerlas en estado». Otra de las funciones clásicas era la de la reconciliación de los enemigos: el intento de apaciguar bandos rivales en localidades de menor tamaño. Cambios también en los llamados juramentos que se mezclaban en el modo de hablar; a lo que se sumaban las denuncias de los

³³ Biblioteca Universidad Valladolid (BUV), ms. 342, ff. 104-104v.

comportamientos de usura. Con todo, no podían quedar tantos deseos de conversión diluyéndose en el olvido de la ausencia del misionero. Era menester crear congregaciones, sobre todo en los lugares donde no hubiese colegio de jesuitas. Los congregantes se presentaban como los «tenientes de misioneros», tanto seglares como eclesiásticos, «para que regassen los árboles que dexaba plantados»³⁴. Tampoco habrían de olvidarse del fomento de las devociones, la introducción de algunas lecturas para los que lo supiesen hacer y hasta la colocación de algunas imágenes en retablos.

Y llegaba «la plática para la despedida de la misión». En ocasiones, se había creado tal clima de entusiasmo o el misionero popular había adquirido tanta popularidad entre los habitantes de la localidad, que estos querían impedir su salida. Las Relaciones no olvidaban el balance de los «frutos espirituales» conseguidos pues los resultados positivos debían ser comunicados a sus superiores y a Roma. Cuando los juicios salían de fuentes no propias de la Compañía también se traducían las fricciones. Lo importante, en los deseos de perduración, se resumían en aquellas palabras del padre Feijoo, benedictino, convertidas ya en clásicas cuando se habla de misiones: «ya avía meses que estaba ausente de Oviedo el padre Calatayud y aún estaba predicando el padre Calatayud en Oviedo, porque permanecía el eco de sus voces en los corazones de sus oyentes».

4. Escenario de las misiones populares

Las primeras misiones podemos encontrarlas mezcladas con la presentación o inicio de la Compañía en una villa o ciudad. Fue muy característica la primera entrada de los jesuitas en una villa de negocios y mercaderes como Medina del Campo, procedentes aquellos operarios de los primeros días del colegio de Salamanca y camino de Burgos. Cristo José de Perera ha subrayado el

³⁴ B. ALCÁZAR, *Chrono-Historia de la Provincia de Toledo*, I, *op. cit.*, 379.

«Memorial de 1574» donde se da cuenta de ello³⁵, pero podemos encontrar la narración por los propios jesuitas a través de su correspondencia que se publicó en los correspondientes tomos del *Monumenta Historica Societatis Iesu*. Lugares para misionar que podían incluirse en las obligaciones de un colegio o en determinadas voluntades testamentarias. El nuncio en España, en 1673, conmutó la de Álvaro Suárez de Quiñones cuando intentó fundar un colegio de jesuitas en su Toro natal y esta intención no culminó. Como las rentas y los efectos económicos no eran necesarios, el representante pontificio estableció una serie de beneficios y obligaciones para los colegios de Medina del Campo y Villagarcía. Entre ellas se encontraba la de misionar, los jesuitas de este segundo, durante treinta días en la ciudad de Toro y en los pueblos de su partido³⁶.

Eso sí, cuando se empezó a configurar como metodología autónoma de los ministerios de los colegios, los primeros escenarios serán los pueblos pequeños y las aldeas, aquellos montes y valles desiertos que definía Alonso de Andrade, «sepultados en tinieblas de ignorancias, sin luz de la doctrina, a quien el demonio suele tener más engañados»³⁷. El padre Millán García, de la provincia de Toledo, permanecía en los pueblos pequeños todo un mes, mientras que en los mayores prolongaba su estancia hasta los cuatro y seis meses: «volvía de cuando en cuando como lo

³⁵ Así lo ha hecho en la tesis defendida en la Universidad Pontificia de Salamanca, el 25 de septiembre de 2020, bajo el título «Los jesuitas de Salamanca y sus misiones en Castilla (1548-1574)».

³⁶ AGS CME (Contaduría de Mercedes) leg. 520, 33: «Juro a favor de Álvaro Suárez de Quiñones y el colegio de la Compañía de Jesús en Toro (Zamora). Incluye testamento y fundación de obra pía de Álvaro Suárez de Quiñones. Pertenencia de bienes por testamento a favor del colegio de la Compañía de Jesús en Toro (Zamora)». Como hemos dicho en esta ciudad zamorana nunca se llegó a establecer un domicilio de los jesuitas.

³⁷ A. DE ANDRADE, *Varones Ilustres en santidad, letras y zelo de las almas de la Compañía de Jesús, tomo quinto a los quatro que sacó a luz el venerable y erudito padre Juan Eusebio Nieremberg de la Compañía de Jesús por el padre Alonso de Andrade de la misma Compañía de Jesús, natural de Toledo, Calificador del Consejo Supremo de la Santa y General Inquisición*, t. VI, Imprenta Joseph Fernández de Buendía, Madrid 1666, 8.

hazían los apóstoles á regar las plantas que dexaba», consolidando las conversaciones que habían conseguido³⁸. En Villagarcía de Campos, que era un núcleo pequeño de población, pero con su silueta definida por el noviciado de Castilla fundado por Magdalena de Ulloa en el siglo XVI, se organizaban misiones que habrían de coincidir con el tiempo académico: «si no se comenzaba luego la misión de Villagarcía, no se podría hacer este año porque dentro de poco se empezarían a ir los estudiantes, cuya presencia tan conveniente era»³⁹. Para la segunda mitad del XVI, el jesuita andaluz Antonio Sánchez resaltaba la importancia del sacramento de la penitencia pues en el confesionario se sentaba a escuchar los pecados de los labradores de aquellos pueblos pequeños, «bocado exquisito de la Compañía»

«A aquella diferencia que hay entre la caza menor y la mayor, essa suele haver entre la Missión que se hace en un pueblo corto o moderado de labradores, a la que se hace en las ciudades, especialmente grande donde hay clases y jerarquías, gremios y comunidades, nobles, sabios, ricos y poderosos»⁴⁰. En el siglo XVII, las misiones ya llegaron a las ciudades de la totalidad de las diócesis, pues así lo podían solicitar los obispos que iniciaban su gobierno en las mismas. El padre Pascual, en *El missionero instruido* se preguntaba si las misiones populares era más conveniente que comenzasen en las grandes poblaciones, ciudades y cabezas de partido, para luego pasar a los núcleos de población más pequeños: «parece más proporcionado para el fruto, atento a que vencida la fortaleza principal se dan las menores por rendidas». En los días de Aquaviva, el provincial de Nápoles, Pietro Antonio Spinelli, desarrolló un programa misional en distintos sectores de esta populosa ciudad italiana.

³⁸ B. ALCÁZAR, *Chrono-Historia de la Provincia de Toledo*, op. cit., 380-381.

³⁹ E. REYERO, *Misiones del MRP. Tirso González de Santalla, XIII* *Prepósito General de la Compañía de Jesús 1665-1686*, Santiago de Compostela 1913, 538.

⁴⁰ P. CALATAYUD, *Misiones y Sermones del Padre Calatayud...*, op. cit., 101-103.

A medida que se fue produciendo la especialización de los misioneros, estos se trasladaban de un lugar a otro, obviando los duros problemas de los caminos, a veces tan inseguros y peligrosos como para terminar con la vida del misionero. Le ocurrió al vasco de Zumárraga y morador del colegio de Salamanca Juan de Abarizqueta cuando, en 1729, en pleno ejercicio de la misión, su caballería se despeñó por uno de los precipicios de las Batuecas⁴¹, resultando entonces gravemente herido y fallecido a continuación. La noche también amenazaba en los caminos. Cuando el albergue o la posada no estaba cercana, el misionero debía cobijarse en los bosques cercanos e incluso quedarse al aire libre. Las hagiografías de estos misioneros hacen un auténtico catálogo de todas las calamidades sufridas por ellos. Lo cierto es que los caminos agotaban a los misioneros y de ello se hacían eco los superiores de la Compañía. Calatayud aportaba en su manual todo tipo de detalles sobre las ventajas e inconvenientes de los distintos medios de transporte en aquellos siglos: «lo más proporcionado o usado es ir a caballo», acompañado de otro jumentillo que llevase todos los instrumentos necesarios para la misión, pues todo no cabía en la misma caballería. Otros misioneros acortaban las distancias a pie: «no hay duda que esto sirve de más edificación y lo practicaron los apóstoles». El padre Pascual, en su manual, hacía una llamada a no disminuir las fuerzas e incluso legitimaba los descansos en la propia vida de Cristo, cuando se detuvo a retomar fuerzas en el pozo de Sicar «al hallarse fatigado del camino». Todo estaba reglamentado, las conversaciones de los misioneros en aquellos espacios, sus protecciones con los ángeles, las oraciones, los peligros de las posadas y mesones y la preferencia hacia «la pobreza incómoda de los hospitalares»⁴².

⁴¹ C. GÓMEZ RODELES, *Vida del célebre misionero Pedro de Calatayud de la Compañía de Jesús y relación de sus apostólicas empresas en los reinos de España y Portugal (1689-1773)*, Madrid 1882, 24.

⁴² *Traslado del Menologio de Varones Ilustres de la Compañía de Jesús cuyos elogios aprobados por NN.PP. Generales se leen los días que corresponden en la Casa Professa de Roma, sacanse estos trasladados fielmente traducidos á nuestro idioma para mayor conveniencia de nuestros colegios en*

Ese programa que hemos desgranado de las misiones fue creando diversos escenarios con una congregación muy amplia de gentes. Las relaciones o crónicas de misiones entendían los números de los congregados bajo los criterios hagiográficos. Fijémonos que ni siquiera hoy las grandes manifestaciones son definidas adecuadamente en el número de sus participantes. Entonces todavía menos. Hablábamos antes de la voz del misionero, aquella que parecía oírse más allá incluso del propio auditorio, percibida –según las relaciones de las misiones– por los que no habían acudido a escuchar al predicador.

Valladolid era un núcleo de variadas ofertas desde lo espiritual. Sin embargo, no dejaron de celebrarse en ella importantes misiones por parte de algunas órdenes religiosas y no solamente de los jesuitas. En la que realizó Tirso González en esta ciudad castellana en 1670, un primer escenario de sus predicaciones fue la catedral, cuando se acababa de abrir la inacabada «obra nueva» con la asistencia del cabildo, aunque los sermones después se repartían en otras muchas iglesias como los propios colegios de los jesuitas, la parroquia de Santiago (en el Valladolid más comercial), en la de San Martín (entre la población de la magistratura, de la Chancillería y los hombres de leyes), además de ocho conventos de monjas, sin olvidar que más tarde Calatayud insistía en la separación entre hombres y mujeres dentro de las iglesias.

Cuando la benignidad del tiempo lo permitía, la calle o la plaza sustituía al templo y para eso era muy importante una correcta audición, con la adecuada colocación del púlpito, su orientación, la altura. Los pies del predicador debían encontrarse a la altura de un hombre levantado. Cuando el púlpito se trasladaba al exterior, «se prueba primero la voz en varios sitios y procurando defender el Púlpito de la corriente de ayre, o boquerón y que la gente no coja al Sol enfrente, sino la espalda en caso de no haver mucha sombra, se ha de escoger aquel desde donde corre la voz mejor y se oye en todas partes, y siempre se procura poner de

su doméstico vso y para mayor vtildad, exemplo é imitación en los nuestros y para privada memoria y veneración de nuestros mayores, Madrid 1726, 15-16.

suerte, que coja enfrente del Púlpito alguna pared alta, edificio o Iglesia, que detiene la voz y hace que se quede en la Plaza»⁴³. Había que tener en cuenta la disposición de los asientos, también aquí la separación de los sexos, los bancos que se pedían prestados en las iglesias o en las casas.

Tirso González realizó en la Corte de Madrid dos importantes y recordadas misiones y en la segunda le escuchó predicar, incluso, el rey Carlos II con tan solo trece años. A veces estos grandes escenarios urbanos provocaron reparos, los que tuvo que superar Jerónimo López cuando, por orden del provincial de Toledo, recibió los deseos del cardenal Baltasar Moscoso, arzobispo primado, para que hiciese misiones en Madrid. Tanto le gustó al prelado el modo de trabajar de este jesuita que le pidió que se convirtiese en su confesor para descargar en él mucho del peso del gobierno de la archidiócesis: «Señor mi vocación es servir a los pobres en las aldeas –le respondió el misionero jesuita–, no a príncipes en los palacios [...]. Vuesa Eminencia mande Missiones y déxeme a seguir el rumbo por donde me lleva el Cielo»⁴⁴.

Cuando el obispo de Osma, Juan de Palafox –por cierto, un fuerte controversista de la Compañía en América–, escuchó predicar y misionar a Tirso González en una misión que estaba realizando dentro de su diócesis en Aranda de Duero, escribió al provincial de Castilla para que este joven jesuita realizase una misión en su diócesis. Era el escenario máximo y posible. Había vivido Valladolid, entre 1746-1747, las fiestas más sonoras de los siglos modernos: aquellas dedicadas a su paisano el recién canonizado fray Pedro Regalado. Tres fueron los acontecimientos celebrados en su honor, enlazados en un corto espacio de tiempo: la canonización propiamente dicha, la traslación de su reliquia y la proclamación «democrática y popular» como patrono de la ciudad. Sin embargo, la misión de Pedro de Calatayud, un año después, compensaría la mezcla de lo profano

⁴³ P. CALATAYUD, *Misiones y Sermones del Padre Calatayud...*, op. cit., 160-163.

⁴⁴ J. CASSANI, *Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús...*, op. cit., III, 158.

y lo sagrado alrededor del nuevo santo. Fue el obispo de Valladolid, Martín Delgado, el prelado más significativo de todo el siglo XVIII en esta entonces pequeña diócesis, el que llamó al misionero para que «pasase á la capital para santificarla»⁴⁵. En realidad, el obispo había entrado en negociación con Calatayud antes de la Cuaresma. Unas conversaciones que se cruzaron con los deseos del general Francisco Retz que, desde Roma, deseaba que el misionero se encaminase a tierras portuguesas. Al final todo se arregló para que Calatayud pudiese dirigirse a los vallisoletanos desde el púlpito.

En las ciudades, donde existía esa heterogeneidad en el auditorio, los misioneros populares contaban con numerosos microescenarios, pláticas a los distintos gremios entendidos como colectivos, programa en el que se debía profundizar en los pecados específicos de cada uno. Por ejemplo, sucedía con las congregaciones sacerdotales, donde los misioneros eran concebidos por los obispos como instrumentos de reforma a través, en el caso de los jesuitas, de la dirección de los Ejercicios Espirituales; las pláticas específicas para confesores o las doctrinas que se realizaban para las monjas sujetas al ordinario, al obispo, con procesiones penitenciales alrededor de los claustros de los monasterios. Se insistía mucho en la necesidad de la reforma de la vida religiosa, eliminando de los conventos toda muestra de vida seglar.

Bien diferente era la especialidad que debía existir, en estos microescenarios de las misiones, con los que se dedicaban a los estudiantes. Sucedia con el mencionado padre Juan de Abarizqueta cuando, desde el apostolado que ejercía en el siglo XVIII desde el Real Colegio del Espíritu Santo de Salamanca para con los estudiantes y las congregaciones conformadas por los alumnos matriculados en la Universidad, los visitaba con frecuencia en las posadas en las que vivían, asistiéndolos cuando estaban enfermos o los dirigía los Ejercicios Espirituales durante la Cuaresma, sin olvidar el mundo de la picaresca del estudiantado

⁴⁵ C. GÓMEZ RODELES, *Vida del célebre misionero Pedro de Calatayud...*, op. cit., 299.

salmantino. Jerónimo López no faltó en la «reformación de los estudiantes», «que por ser mozos y viuir entre muchas ocasiones y peligros de pecar, tenían más necesidad de dirección y de quién les dijese cómo se habrían de librar de los lazos y tentaciones del demonio»⁴⁶. Lo tuvo en cuenta en otras ciudades universitarias y no solo en Salamanca, como sucedió en Valencia donde gracias a los trabajos de Jerónimo López, de una sola aula de la Universidad, entraron en diversas religiones más de veinte estudiantes. Más reglamentadas eran las prácticas dedicadas a los colegiales mayores –que solamente se encontraban en Salamanca, Valladolid y Alcalá de Henares– y en las que se especializó Calatayud.

Mucho más específica era la doctrina dedicada a los hombres de la justicia, en el ámbito de los pleitos. Calatayud no tenía miedo –incluso la publicó como muy necesaria– de dirigirse a las audiencias y curias, tanto de la jurisdicción secular como de la eclesiástica, en sus muy diversos oficios. Era el combate contra la corrupción. Pero también había que actuar con la vanidad de los poderosos nobles. Y para eso, se contaba con la colaboración de dos miembros de la nobleza, parte integrante de las clientelas de la Compañía. A todo ello había que sumar, el mencionado trato individual, tan rico, con las diversas personas.

5. La relación de las «conversiones»

Muy pronto, las «Historias» generales y las más particulares de las provincias y colegios, así como las «Vidas» de varones ilustres, se llenaron de páginas dedicadas a los misioneros populares, al mismo tiempo que se elaboraban reglas, instrucciones y ejercicios. Las «Relaciones» e «Itinerarios» que los colegios y misioneros hacían de sus trabajos, para ser enviadas a Roma, se empezaron a multiplicar. Los trabajos realizados por Aragón, pero

⁴⁶ J. MARÍN, *Vida, virtudes y misiones del venerable P. Gerónimo López, misionero apostólico de la Compañía de Iesús de la Prouincia de Aragón*, Roma 1682, 50.

también vimos sus misiones en Madrid, de Jerónimo López los conocemos a través de la obra de Martín de la Naja *El misionero perfecto*: «obra muy útil para la vida y enseñanza de Predicadores, confessores, misioneros y operarios de la viña del Señor». Fue publicada en 1678, veinte años después de la muerte del padre López. Añadió una habitual relación de sus virtudes, auténtica hagiografía que recorría las cualidades ideales que un misionero no solo debía tener sino también demostrar. La sorpresa fue uno de los factores fundamentales. Por eso, Martín de la Naja se atrevió a escribir, con aquella precisión con la cual los religiosos cuantificaban el ejercicio de algunos ministerios, que Jerónimo López había escuchado a lo largo de su vida ochenta mil confesiones generales. Sin embargo, resultaba esta obra excesivamente amplia y enciclopédica incluso poco práctica. Fue entonces cuando Juan Marín –tan asociado a los trabajos romanos de los prepósitos generales– aceptó el encargo de una obra más sucinta y compendiosa. Después José Cassani se convirtió en el tercer autor que trató por extenso los trabajos apostólicos del valenciano de Gandía en la famosa colección de «Varones ilustres» desde el título de *Glorias del segundo siglo de la Compañía*.

Como decíamos antes, el olor de santidad se cernía sobre ellos y alguno alcanzó los altares como sucedió con Juan Francisco Regis, el cual tuvo una no desdenable influencia en España. El que fue primer confesor real de Felipe V, procedente como él de la Francia de Luis XIV, Guillermo Daubenton, publicaba en 1718, poco tiempo después de su beatificación, la vida de este «bienaventurado»⁴⁷. En realidad, la devoción popular en torno a él había comenzado desde el mismo momento de su muerte, culminando con su beatificación en mayo de 1716 por Clemente XI y con una rápida canonización en junio de 1737 por Clemente XII. Ya en la primera fecha, su cuerpo fue trasladado a un altar que fue objeto de peregrinación, planteándose la necesidad de la construcción de un segundo templo. El *Menologio* de la

⁴⁷ G. DAUBENTON, *Vida del Bienaventurado Juan Francisco de Regis de la Compañía de Jesús, escrita en lengua francesa por el RP..., de la misma Compañía*, Imprenta Francisco Fernández, Madrid, 1718.

Compañía, en su edición de mediados del XVIII, llegaba a proponer la vida de Jerónimo López como modelo para todos aquellos jesuitas que deseasen misionar:

«En el mismo día de 1658, fue en la Casa Profesa de Valencia, la santa muerte del P. Gerónimo López, verdadero misionero apostólico, que por el espacio de treinta y nueve años continuos se empleó en Misiones en varios Reynos y Provincias de España [...]. Tuvo ardientísimo zelo de la salvación de las almas, por las cuales padeció trabajos y persecuciones hasta ser delatado y acusado al Santo Tribunal de la Inquisición y beber veneno con que ocultamente le intentó quitar la vida la malicia ó la obstinación de los pecadores pero Dios como singular providencia le sacó lúcido en todos estos peligros y persecuciones, hasta merecer por ellas el renombre de Santo y de Apóstol. Fue esclavo en Argel, en cuyo cautiverio padeció bofetadas, golpes, heridas y ultrajes en defensa de la Fe y de su castidad, que conservó pura hasta la muerte, como la gracia bautismal, según que testificaron sus Confessores»⁴⁸.

Estos fueron los ecos que no solamente provocaron los trabajos de los misioneros sino también la publicación de sus obras, entregas desde la imprenta que cada vez se perfeccionaron más. Al mencionado *Casos raros de la confesión*, constantemente reeditado, tantas que ya no se anotó cuántas fueron porque era utilísimo⁴⁹, se unió *Práctica del Catecismo Romano y Doctrina Christiana* como sucedió con otros muchos operarios. Fue una obra que corría inserta en el primer tomo de las *Obras* del padre Juan Eusebio Nieremberg –en la edición impresa en Sevilla de 1686–. Según explica La Naja, a Jerónimo López no le dio tiempo a concluir el conjunto de la obra, se valió del mencionado Nieremberg y se lo

⁴⁸ *Traslado del Menologio de Varones Ilustres de la Compañía de Jesús..., op. cit.*, 15-16.

⁴⁹ J. BURRIEZA SÁNCHEZ, «Desde la villa ducal, el padre Jerónimo López, misionero popular de la Compañía de Jesús», en Emilio CALLADO (coord.), *Valencianos en la Historia de la Iglesia VI*, Facultad de Teología san Vicente Ferrer, Valencia 2019, 157-212.

Y aunque no fueron exclusivas de las órdenes religiosas, la Compañía de Jesús –tan característica de la Iglesia de la modernidad y de la primera globalización– fue un ámbito adecuado para el desarrollo y especialización de sus misioneros, pues en ellos se aunaba una adecuada preparación, una publicidad de sus trabajos, amén de otras cualidades asociadas como su dimensión de hombres informados y con suficientes contactos. Finalmente, encontraremos en los misioneros populares a hombres mediáticos, capaces de arrastrar masas en aquella sociedad sacralizada, con posibilidad de perdurar en el tiempo. La Compañía de Jesús hizo creer que nadie se resistía a su palabra poderosa. ¿Sería realmente así, dentro de una estrategia misionera peculiar en un territorio de bautizados, necesitados de una recristianización dentro de las coordenadas de los conceptos de confesionalización y disciplinamiento social? Al menos, en su tiempo así fue percibido, aunque la metodología fue de éxito hasta tener una versión laica, para la cultura, en las llamadas «misiones pedagógicas», impulsadas desde 1931 por el gobierno de la Segunda República: «somos una escuela ambulante –escribía Manuel Bartolomé Cossío– que quiere ir de pueblo en pueblo [...] a las aldeas, a las más pobres, a las más escondidas y abandonadas, y que vengamos a enseñarlos algo, algo que no sabéis por estar siempre tan solos y tan lejos de donde otros lo aprenden».

Fuentes impresas

Traslado del Menologio de Varones Ilustres de la Compañía de Jesús cuyos elogios aprobados por NN.PP. Generales se leen los días que corresponden en la Casa Professa de Roma, sacanse estos traslados fielmente traducidos á nuestro idioma para mayor conveniencia de nuestros colegios en su doméstico uso y para mayor utilidad, exemplo é imitación en los nuestros y para privada memoria y veneración de nuestros mayores, Madrid 1726.

- ALCÁZAR, B., *Chrono-Historia de la Provincia de Toledo*, Imprenta Juan García Infanzón, Madrid 1710.
- ANDRADE, A. DE, *Varones Ilustres en santidad, letras y zelo de las almas de la Compañía de Jesús, tomo quinto a los quatro que sacó a luz el venerable y erudito padre Juan Eusebio Nieremberg de la Compañía de Jesús por el padre Alonso de Andrade de la misma Compañía de Jesús, natural de Toledo, Calificador del Consejo Supremo de la Santa y General Inquisición*, t. VI, Imprenta Joseph Fernández de Buendía, Madrid 1666.
- CALATAYUD, P., *Exercicios espirituales para los ecclesiásticos y ordenados, dispuestos con diez doctrinas prácticas y con ocho pláticas para mañana y tarde*, Imprenta de la Congregación de la Buena Muerte, Valladolid 1748.
- , *Missiones y Sermones del Padre Calatayud, Maestro de Theología y Missionero Apostólico de la Compañía de Jesús de la Provincia de Castilla. Arte y méthodo con que las establece, las cuales ofrece al público en dos tomos para mayor facilidad y expedición de los ministros evangélicos, párrocos y predicadores en misionar, doctrinar y predicar y para mayor fruto y bien espiritual de los próximos*, Madrid 1754.
- CASSANI, J., *Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús, dibuxadas en las vidas y elogios de algunos de sus varones ilustres en virtud, letras y zelo de las almas que han florecido desde el año 1640, primero del segundo siglo desde la aprobación de la religión*, III, Imprenta Manuel Fernández, Madrid 1734.
- DAUBENTON, G., *Vida del Bienaventurado Juan Francisco de Regis de la Compañía de Jesús, escrita en lengua francesa por el RP..., de la misma Compañía*, Imprenta Francisco Fernández, Madrid 1718.
- DUTARI, J., *Reglas y Constituciones de la Congregación o Escuela de María*, Burgos 1715.
- IDIÁQUEZ, F. J., «Vida del VP. Pedro de Calatayud de la extinguida Compañía de Jesús», en *Apéndice á la obra de Doctrinas*

- Prácticas del Venerable Padre Pedro de Calatayud*, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, Madrid 1800.
- LOSADA, L. DE, *Noticia de la vida y virtudes del padre Gerónimo Dutari*, Salamanca 1720.
- MARÍN, J., *Vida, virtudes y misiones del venerable P. Gerónimo López, missionero apostólico de la Compañía de Jesús de la Provincia de Aragón*, Roma 1682.
- MASSEI, J., *Vida del Venerable Siervo de Dios el Padre Pablo Señeri de la Compañía de Jesús, Missionero de la Italia y Predicador de la Santidad de Inocencio XII. Escrivióla en lengua italiano el Padre..., de la misma Compañía; y traducido en nuestro idioma por un religioso de la misma Compañía. Hase añadido en esta traducción una breve noticia de la Secta de los Quietistas, con las Proposiciones de Molina, que el autor impugna y la Santidad de Inocencio XI ha condenado*, Zaragoza 1704; Imprenta Pantaleón Aznar, Madrid 1767.
- NAJA, M. DE LA, *El misionero perfecto deducido de la vida, virtudes, predicación y misiones del venerable y apostólico predicador padre Gerónimo López, de la Compañía de Jesús, con una cumplida, de la perfecta forma de azer misiones con fruto de las almas conforme el estilo que en ellas guardava el mismo VP y otros missioneros insignes por el Padre..., de la misma Compañía*, Imprenta Pasqual Bueno, Zaragoza 1678.
- NIEREMBERG, J. E., *Obras cristianas*, Imprenta Lucas Martín Hermosilla, Sevilla 1686, 481-653.
- PASCUAL, M. A., *El missionero instruido y en él los demás operarios de la Iglesia*, Imprenta Juan García Infançón, Madrid 1678.
- _____, *El Oyente Preservado y fortalecido en una misión practicada que en prosecución y complemento de su obra comenzada a saca a luz y ofrece a todo género de personas, dividida en tres partes*, Imprenta Diego de Vega, Valencia 1698.

Bibliografía

- BARRIO GOZALO, M., «Sociedad, Iglesia y vida religiosa en la España del siglo XVIII. Notas para un estudio demográfico, económico y socio-religioso»: *Anthologica Annua* 36 (1989), 273-316.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J., «Misiones y misioneros jesuitas en la Xàtiva de “Nueva Planta”»: *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante* 17 (1998-1999), 321-352.
- _____, «Ciudades, misiones y misioneros jesuitas en la España del siglo XVIII»: *Investigaciones Históricas* 18 (1998), 75-107 (Universidad de Valladolid).
- _____, «Pedro de Calatayud, retrato de un misionero popular barroco en tiempo de las Luces», en Emilio CALLADO, *De Rebus Ecclesiae. Aspectos de historiografía eclesiástica sobre el siglo XVIII. Homenaje al profesor Antonio Mestre*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia 2017, 79-96.
- _____, «Desde la villa ducal, el padre Jerónimo López, misionero popular de la Compañía de Jesús», en Emilio CALLADO (coord.), *Valencianos en la Historia de la Iglesia VI*, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia 2019, 157-212.
- EGIDO LÓPEZ, T., «Religión» en Francisco AGUILAR PIÑAL (ed.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Trotta-CSIC, Madrid 1989 739-814.
- GARCÍA CÁRCEL, R. y PALAU I ORTA, J., «Reforma y Contrarreforma católicas», en Antonio Luis CORTÉS PEÑA (coord.), *Historia del cristianismo: El mundo moderno*, vol. 3, Trotta-Universidad de Granada, Madrid-Granada 2006, 187-226.
- GÓMEZ RODELES, C., *Vida del célebre misionero Pedro de Calatayud de la Compañía de Jesús y relación de sus apostólicas empresas en los reinos de España y Portugal (1689-1773)*, Madrid 1882.
- ITURRIAGA ELORZA, J., «Las primeras misiones parroquiales de los colegios de la Compañía de Jesús en la Provincia de Castilla»: *Memoria Ecclesiae* 9 (1996), 489-498.

- MORÁN ORTÍ, M., y ANDRÉS-GALLEGOS, J., «El predicador», en R. VILLARI (ed.), *El hombre barroco*, Alianza Editorial, Madrid 1993.
- O'MALLEY, J. W., *Los primeros jesuitas*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1993.
- REYERO, E., *Misiones del MRP. Tirso González de Santalla, XIII Prepósito General de la Compañía de Jesús 1665-1686*, Santiago de Compostela 1913.
- RICO CALLADO, F. L., *Misiones Populares en España entre el Barroco y la Ilustración*, Valencia 2006.
- SÁNCHEZ-BLANCO, F., «La situación espiritual de España hacia mediados del siglo XVIII vista por Pedro Calatayud: Lo que un jesuita predicaba antes de la expulsión»: *Archivo Hispánico* 71/217 (1988), 15-34.
- TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., «Misiones populares en el siglo XVII. Los jesuitas en la provincia de Castilla»: *Salmanticensis* 43 (1996), 421-438.